

DE LOS MILAGROS

EVANGÉLICOS.

Si se pregunta á los cristianos cuales son los títulos de su fe en Jesucristo, en su Evangelio, en su doctrina y en sus promesas, pueden producirlos con toda confianza muy sobresalientes, y capaces de hacer en el ánimo una impresion viva y profunda. No es nuestro intento exponerlos extensamente; pero lo que desde luego puede decidirnos á favor de la religion de Jesucristo es el esplendor enteramente divino de las maravillas que se multiplicaban por donde iba, y que manifestaban en su persona, no digo solo un sabio, sino el enviado mismo de Dios para ilustrar al universo y reformar la creencia, las costumbres y el culto del linage humano. Uno de los monumentos eternos de la mision divina de Jesus, son los milagros consignados en nuestros Evangelios; y ellos solos aun cuan-

do el cristiano no tuviese otros, bastarian para hacer su fe ilustrada y racional: resuenen en hora buena en sus oidos los nombres de supersticion y de credulidad; renuévese si se quiere la memoria de los falsos prodigios que contienen los anales de los diversos pueblos, y háganse atrevidamente indignas comparaciones de Jesucristo con los impostores mas famosos: el cristiano oirá con dolor este vano estrépito de argumentos y bufonadas; pero si está instruido en las pruebas de su religion, se mantendrá firme en su fe; y por mas ingeniosos y picantes que sean los chistes de los incrédulos, nunca los mirará como razones. Sabe muy bien que hay un jasto y prudente medio entre la debilidad de un espíritu crédulo y el orgullo de un espíritu terco; que sin ser impertinente tiene reglas la severa crítica para distinguir las historias fieles de las relaciones fabulosas, y que los falsos prodigios no destruyen los milagros efectivos, así como la moneda falsa no destruye el valor de la verdadera, ni un sofisma la sana razon. Cuando se considera que los ingenios mas sobresalientes que se han conocido en la tierra de diez y ocho siglos á esta parte, las personas mas distinguidas por su saber y virtud, y las mas versadas en el conocimiento de las lenguas

y de las antigüedades, han dado sinceramente entero crédito á los milagros evangélicos; nos persuadimos de que nosotros podemos creerlos sin nota de espíritus débiles, y nos consolamos fácilmente de la insignificante y cómoda acusacion de credulidad.

Habiendo hablado ya, señores, en otro discurso de los milagros en general, hemos dejado sentada su posibilidad y autoridad: en él exponimos tambien los medios para no confundirlos con las operaciones naturales, y para comprobar con seguridad su existencia: si entónces logramos desvanecer las vanas preocupaciones del dia sobre esta materia, entraremos con mas facilidad en la discusion que vamos á empezar. Nada olvidaremos de cuanto toca á los milagros evangélicos, ni nos desentendéremos de los argumentos de la incredulidad: triunfe la verdad por los mismos esfuerzos que hace la mentira para oscurecerla. En esta materia hay dos clases de incrédulos: los unos niegan hasta los milagros evangélicos, y los otros procuran eludir su fuerza y su autoridad. Los primeros han dicho que estos milagros no estaban apoyados en testimonios exentos de toda sospecha y á propósito para atraerse el crédito de personas ilustradas: los segundos que no se podia ver en ellos

mas que unos efectos maravillosos de la naturaleza ó de la industria humana, y que por otra parte nadie puede saber si fueron obra divina ó de algun otro agente intermedio entre Dios y el hombre, enemigo de la verdad y de la virtud; pero que de todos modos parecia haberlos obrado Jesus para socorrer á los desdichados, mas bien que para acreditar su mision y su doctrina. A esto viene á reducirse, señores, todo cuanto dicen los incrédulos antiguos ó modernos contra los milagros de Jesucristo: sentemos pues para rebatirlos las dos proposiciones siguientes: Primera, que no puede impugnarse juiciosamente la existencia de los milagros evangélicos: Segunda, que de ningun modo puede recusarse su autoridad. Nada hay mas cierto ni mas terminante á favor de la religion: ved aquí el plan y la division del presente discurso.

No es ahora nuestro intento recordarnos por menor los muchos y brillantes prodigios que refieren nuestros Evangelios: recapitularemos solamente lo que conviene tener en la memoria para la discusion del asunto que tratamos. Saliendo por último Jesus de su vida oscura y retirada, principia á anunciar su doctrina en la Galilea, y sana con una sola palabra á una multitud de enfermos y de achacosos: extiéndese

su reputacion por la Siria; preséntanle cuantas personas habia en ella mortificadas por diversas clases de males ó dolencias, y las cura repentinamente sin esfuerzo ni preparativo alguno; recorre despues las ciudades y aldeas de la Judea, y en todas partes obra los mismos prodigios con igual facilidad: Judíos, Samaritanos, y hasta los mismos Cananeos, todos participan de los favores de su bondad omnipotente. Obra maravillas de toda especie. Con una sola palabra sosiega las tempestades, resucita los muertos, da vista á los ciegos de nacimiento, sana paralíticos de treinta años, multiplica algunos panes, y con ellos alimenta al momento á un numeroso pueblo y hace desaparecer todas las enfermedades que afligen á la humanidad. Este es solo un ligero bosquejo de los prodigios que obra por donde va; pero los ejecuta con tal poder, con tanta prontitud y fruto, que manifiestan, como luego dirémos, la mano misma del Señor de la naturaleza. Ahora me propongo probar, que en la historia de la antigüedad nada consta con mas certeza que estos milagros de nuestros Evangelios. Con efecto, señores, ¿qué podemos exigir para estar plenamente seguros de la verdad de los hechos que no hemos visto por nuestros ojos, y que han su-

cedido léjos de nosotros, ó en los siglos anteriores? ¿Queremos que estos hechos hayan sido públicos, de la mayor importancia, y muy señalados por sus consecuencias ó por sus resultados? ¿Queremos que se refieran por historiadores contemporáneos bien informados y exentos de toda sospecha de impostura? No se puede exigir mas, y ciertamente no habrá un suceso de la antigüedad profana que se acredite por caracteres mas relevantes de verdad. Volvamos pues al intento, y veamos si se encuentran todos estos requisitos en los hechos evangélicos.

Primeramente se quiere que los hechos antiguos hayan sido muy públicos, muy perceptibles, que no hayan sucedido en la oscuridad, y durante las sombras de la noche, sino en medio del dia, á las claras, y á presencia de muchos testigos de todas edades y condiciones, porque entónces su publicidad no permite el menor recelo de fraude ó de sorpresa. En los lugares secretos y tenebrosos puede fascinarse la imaginacion; los sentidos ser seducidos y tomar las apariencias por realidades. ¿Pero hubo nunca una cosa mas pública, mas visible, mas patente á la vista de todos que los milagros evangélicos, como el de Lázaro, el del ciego de naci-

miento, el del paralítico, el de la multiplicacion de los panes, y el de toda aquella muchedumbre de enfermos curados de repente, en todas partes, en las calles y plazas públicas de los pueblos y de las ciudades de la Judea? No era necesario para ver estos hechos prodigiosos ser un profundo físico; bastaba tener ojos, y eran por su propia naturaleza tan visibles como cualquier otro suceso de la vida humana, y tan perceptibles como puede serlo nuestra reunion en este recinto: pues á la verdad no se necesita saber tan bien como Newton las leyes de la óptica para tener seguridad de que me veís y de que os veo.

Se quiere también que los hechos no hayan sido oscuros ni de poco interes, tales que puedan admitirse ó desecharse con igual indiferencia ó ligereza, sino acontecimientos de alta importancia; porque entónces excitan la curiosidad pública, llaman la atencion de las personas ilustradas, y aun de las autoridades, se apuran y examinan con el mayor cuidado, y cuando llegan á admitirse es en fuerza de las reflexiones mas serias. ¡Y qué podia, señores, haber de mayor importancia que los milagros de Jesucristo? Los judíos esperaban á un Mesías, á un libertador prometido á sus padres; y se ha-

bia ya esparcido entre los paganos el rumor de la próxima aparicion de cierto personage extraordinario que debia salir de la Judea, como lo acreditan Tácito y Suetonio que hacen expresa mencion de ello (1); en medio de esta inquietud universal aparece Jesus; dice que es aquel mismo que anunciaron los oráculos, el enviado del cielo para darles cumplimiento, para establecer un culto nuevo y abolir los sacrificios antiguos, y se atribuye el poder de hacer milagros en señal de la divina mision de que se dice revestido. ¿Pudiera haber cosa alguna que interesara mas de cerca á la religion de los judíos, al culto y á los usos de un pueblo tan obstinadamente adicto á las leyes y costumbres de sus mayores? ¿pudiera tampoco ninguna excitar mas eficazmente la atencion, tanto de los sacerdotes y doctores de la ley, como del pueblo todo?

Se requiere por último que no sean hechos aislados ó independientes de la serie de la historia, sino que influyan en sucesos posteriores, ó se enlacen con alguna variacion en el orden religioso ó político; porque entónces el interes

(1) Tacit. *Histor.* lib. V, cap. XIII, Sueton. *in Vespas.* cap. IV.

llega al último punto, el exámen es mas general y severo, y hay mas medios de apurar la verdad. ¿Y no se distinguen los milagros de Jesucristo por su enlace con los sucesos que fueron su consecuencia, y que por lo mismo han llegado á ser su prueba mas incontestable? El cristianismo no se fundó por la elocuencia, por la fuerza de las armas, ni por el deleite, sino por la creencia de los milagros evangélicos anunciados al universo: de este modo estan enlazados con la revolucion mas asombrosa, mas universal y durable que han visto los hombres desde su origen. ¿Qué es en efecto el imperio de Darío, el de Alejandro ó el de los romanos, si se comparan con el reinado de Jesucristo que por su extension y duracion comprende á todos los pueblos de la tierra, y alcanza á todos los siglos? Por el testimonio de la historia creemos con bastante fundamento una multitud de hechos antiguos que no ofrecen este conjunto de caracteres de verdad; pero cuando los que nos refieren son tan visibles, tan públicos é importantes como los milagros de nuestros evangelios, se cree con mayor facilidad á mi parecer, que aquellos que se dicen testigos de ellos no han sido juguete de una vana ilusion, y que han podido saberlos muy fácilmente: de este modo

queda plenamente satisfecha, en cuanto á la naturaleza de los hechos, la crítica mas rígida y escrupulosa.

Es cierto, diréis, que los milagros atribuidos á Jesucristo en los evangelios tienen todos esos caracteres de interes y de publicidad; ¿pero quién nos responde de su realidad? ¿Cómo asegurarnos de que no han sido inventados por impostores, publicados despues por ellos, y adoptados entre pueblos crédulos y supersticiosos? En cuanto á esto, señores, bien se puede desafiar á los incrédulos á que produzcan hechos de la antigüedad fundados en testimonios mas irrecusables que los que apoyan los hechos evangélicos; de manera que, ó no han de dar crédito á nada de lo que ha pasado en otro tiempo, lo que seria locura, ó si son consigüentes, han de convenir en la realidad de los milagros de Jesucristo.

Con efecto, señores, cuando en la sustancia de las cosas se hallan conformes muchos historiadores contemporáneos de los acontecimientos que describen, cuando su relacion lleva un sello de probidad y virtud que no puede remedar la impostura; y en fin cuando su testimonio ha pasado á la posteridad sin experimentar contradiccion de parte de aquellos que debian

examinarle mas atenta y diligentemente, y con cierto secreto deseo de calificarle de falso, entonces se ha llegado al mas alto grado de certidumbre histórica. Tengamos presente que la autoridad de la historia no solo depende de las cualidades personales del que la escribe, sino tambien del consentimiento general de sus contemporáneos. Cuando yo leo á un historiador, me parece que estoy oyendo á su nacion y aun á todo el siglo en que vivió: porque ¿quién no percibe que si llegase su impudencia al extremo de querer engañar á sus contemporáneos sobre los hechos mas ruidosos, mas importantes y notorios, al punto se levantaria contra él un grito general de indignacion, cuyo eco resonaria en la posteridad, y le denunciaria como un insigne falsario á todas las generaciones siguientes? No es ahora oportuno explicar estas reglas de crítica; pero los que estan versados en esta materia saben que no se pueden inventar otras mas rigurosas, y que estamos muy distantes de exigir todos estos requisitos en una multitud de hechos que todo el mundo cree por el testimonio ageno.

Haciendo ahora aplicacion de estos principios, os pregunto: ¿queréis para atestiguar los hechos evangélicos historiadores que hayan es-

erito poco tiempo despues de los sucesos, no informados por rumores vagos y tradiciones inciertas, sino que tocando al mismo origen de estos hechos hayan tenido todos los medios posibles de saberlos bien y puntualmente? Os citarémos ocho autores distintos, los cinco testigos oculares, y los otros contemporáneos: sus escritos forman todo el Nuevo Testamento. San Mateo, San Juan, San Pedro, Santiago y San Judas fueron del número de los doce apóstoles; é inmediatos siempre á la persona de Jesucristo, fueron testigos permanentes de sus virtudes y de sus prodigios. San Marcos, San Lucas y San Pablo vivian en la misma época en que se obraban estos milagros. En vano se trataria de disputar la antigüedad de sus diferentes obras: ya en nuestro último discurso hemos establecido y vindicado la de los cuatro evangelios; y nos seria igualmente fácil probar, entre otros, la del libro de las Actas y de las epístolas de San Pablo.

Obsérvese ademas, señores, con cuánta confianza, con qué seguridad y convencimiento hablan los evangelistas. Ellos nombran las ciudades, los lugares, las familias, las personas que han sido testigos y aun objeto de estos milagros: no tratan de dar á los judíos pruebas de lo que

exponen; se refieren francamente á la fe pública y al conocimiento que de ello tenia toda la nacion. Los apóstoles no refieren hechos antiguos sucedidos en las generaciones pasadas; escriben como historiadores de sucesos que han pasado á la vista de aquellos mismos judíos á quienes hablan. ¿Y cuánta no hubiera sido la impudencia, ó mas bien la locura de los apóstoles, si hubiesen puesto á la nacion judía por testigo de lo que jamas habia visto? Jesucristo no era un personaje oscuro, y acerca de cual, por haber vivido en tiempos remotos, fuera fácil inventar fábulas. Jesus habia recorrido las ciudades, las villas y aldeas de la Judea; habia enseñado en el templo, conferenciado con los príncipes de los sacerdotes, y con los doctores de la ley; un numeroso pueblo le habia seguido á la montaña y al desierto, y lo mas distinguido de la nacion habia podido verle y oírle lo mismo que la multitud. ¿Y qué! ¿seria posible que aquel Jesus á quien todos conocian, no hubiese realmente resucitado á Lázaro, ni dado vista al ciego de nacimiento, multiplicado los panes, curado con un poder enteramente divino aquella muchedumbre de enfermos que le salian al encuentro, y que sin embargo los apóstoles citasen como testigos de estas maravillas á un gran

número de personas aun vivientes? ¿Se hubiera atrevido San Pedro á exclamar levantando la voz en medio de una asamblea de judíos: „O israelitas, oid lo que os voy á decir! ¿Sabeis „que Jesus de Nazareth ha sido un varón á „quien Dios ha hecho célebre por los milagros „que ha obrado en medio de vosotros?“ *Jesum Nazarenum, virum approbatum á Deo in vobis, virtutibus, et prodigiis, et signis, quæ fecit Deus per illum in medio vestri, sicut et vos scitis* (1). Si esto hubiera sido una impostura, ¿cuán grosera hubiera sido y cuan fácil de descubrir! ¿Podria esperar San Pedro persuadir á los judíos que sabian lo que no sabian, y que habian visto lo que no habian visto? Una burla general hubiera ciertamente hecho justicia á la relacion de los escritores sagrados, si solo hubiesen referido fábulas impertinentes; y hubieran sido rechazados y escarnecidos por aquellos mismos á quienes locamente se atrevian á citar por testigos; y he aquí por que la cualidad de autores contemporáneos da una fuerza invencible á su testimonio.

¿Queréis historiadores que presenten en sus escritos las pruebas mas sobresalientes de sin-

[1] Act. II. 22.

ceridad y de buena fe? Leed, señores, á nuestros evangelistas: ved cuan sencilla é ingénuas su narracion. No hallaréis en ellos reflexiones estudiadas, ni ostentacion de palabras; todo en ellos respira candor é inocencia: no se disimulan sus propios defectos, el celo indiscreto de unos, las pretensiones ambiciosas de otros, la ignorancia y groseria de todos, la cobardía que los dispersa, la negacion de San Pedro; en fin, nada se pasa en silencio de cuanto podia humillarlos. Su conformidad en la sustancia de las cosas prueba que todos han bebido la verdad en un manantial comun, y la diferencia que se echa de ver en sus relaciones acredita que en esto no pudo concertarse fraude alguno. ¿Qué historiador no aspira á ensalzar á sus héroes; no se indigna de las injusticias que padecen, y no se irrita contra sus enemigos? En nuestros evangelistas no hay hiel, ni ira, ni cólera, y nada descubre ni odio ni énfasis. Refieren los dolores y padecimientos de su Maestro con la misma sencillez que sus milagros: al mismo tiempo que le pintan como revestido de un poder divino, le representan sujeto á todas las flaquezas de la humanidad; y la historia de la escena tremenda de su crucifixion está contenida en estas solas palabras: *Allí le crucificaron.*

Hay en su estilo y lenguaje un cierto carácter de veracidad y de candor que la mentira no puede falsificar. El corazon no concibe al leerlos la menor sospecha de fraude ni de ponderacion, y siente en sí el poderoso atractivo de la virtud y de la ingenuidad, al que no es posible resistir. No sirve decir que los evangelistas aparentaron sencillez para alucinar con mas facilidad; pues siempre la afectacion se descubriría por algun lado; ¿y cuáles ademas serian las señales características de la verdad, si pudiera la impostura, sin desmentirse jamas, copiarlas con tanta fidelidad? La historia evangélica podrá no decir ni persuadir cosa alguna al corazon árido de un materialista, ni al gusto depravado del charlatan presuntuoso; demasiado lo sé: hablaba sin embargo enérgicamente al alma de Juan Santiago, cuando le arrancó este homenaje tan justo y tantas veces citado (1) „Confieso que la magestad de las Escrituras me „asombra, y que la santidad del evangelio habla „á mi corazon. ¡Qué despreciables son al lado „de este los libros de los filósofos con toda su „pompa! ¡Dirémos que ha sido inventada de „propósito la historia del evangelio? ¡Ah! No se

[1] *Emilio*, lib. 4.

„inventa con tanta facilidad; y los hechos de
 „Sócrates, de que nadie duda, están mucho mé-
 „nos comprobados que los de Jesucristo. En sus-
 „tancia eso es eludir la dificultad sin desvanec-
 „cerla; pues todavía fuera mas inconcebible el
 „que muchos hombres, todos de acuerdo, hubie-
 „sen forjado este libro, que el haber uno solo
 „suministrado su asunto. El evangelio tiene unos
 „caracteres de verdad tan grandes, tan señala-
 „dos y tan enteramente inimitables, que su in-
 „ventor seria todavía mas asombroso que su
 „héroe.”

Hay además una circunstancia admirable, única en los anales del género humano, y que echa el sello á la sinceridad de los apóstoles. Nuestros escritores sagrados no se ciñen á publicar los hechos de que tienen puntual noticia: desafían todos los peligros, se exponen á los insultos, á los tormentos, al sacrificio de su propia vida, si es menester, por certificar la verdad de los hechos que refieren en sus escritos. ¿Qué historiador de la antigüedad pagana se hubiera dejado matar por sostener la certeza de los acontecimientos referidos en sus escritos? En esto sentimos, señores, toda la fuerza de un testimonio sellado con la sangre de los que le presentan, y no creemos pueda eludir-

se con algunas comparaciones inconsideradas. Será posible enhorabuena que hombres educados y criados en opiniones falsas las crean muy verdaderas, y que en esta persuasión lo sacrifiquen todo por ellas, hasta la vida; pero entónces el error tenido por verdad ejerce sobre su corazón todos los derechos y todo el imperio de la verdad misma. Pero que cierto número de hombres inventen hechos del todo falsos; que los anuncien luego como verdaderos hasta con riesgo de su propia vida; que en caso necesario se dejen degollar por atestiguar que han visto lo que no han visto, y que han oído lo que no han oído, es, señores, un género de frenesí enteramente inaudito. Los apóstoles, como dijo Bossuet (1), no eran hombres preocupados que se dejasen matar por sentimientos que mamaron con la primera leche: no eran unos teóricos que idolatrasen sus opiniones propias y las sostuviesen á costa de su vida. Los apóstoles no dicen jamás: hemos pensado, hemos meditado, hemos inferido; pues en este caso pudieran ser falsos sus pensamientos, mal fundadas sus meditaciones, y erróneas ó mal sacadas sus consecuencias; sino que di-

[1] *Panégyr. de S. André, I point.*

cen: *Hemos visto, hemos oído, hemos tocado, con nuestras propias manos* [1]. Así queda en todo su vigor la expresión célebre de Pascal en cuanto á esto, la cual han aparentado los incrédulos no entender: no dijo precisamente Pascal: Creo con gusto a los hombres que dan la vida por sus opiniones; sino que dijo: „Creo con gusto las historias cuyos testigos se dejan matar.“ Convengamos, señores, en que los escritores del Nuevo Testamento estaban animados del amor á la verdad, y en que por su candor, su conformidad y el esfuerzo con que arrojaron la muerte por sostener la certeza de los milagros de que se decían testigos oculares, presentan tales pruebas de sinceridad, que inútilmente se buscarán en los historiadores de la antigüedad profana.

¿Y con qué razón se alegrará que los milagros de Jesús no han sido referidos más que por sus discípulos? ¿Y qué nos importa, si su testimonio es irrecusable; si tienen todos los requisitos de escritores fidedignos; si es evidente que no fueron engañados ni engañadores, y que se ciñeron á referir fielmente lo que sabían con certeza? Nótese también que nuestros es-

(1) I. Joan. I, 1.

critores sagrados no habían nacido cristianos; y que por consiguiente sus palabras no eran efecto de preocupaciones adquiridas en su primera educación. Abrazaron el cristianismo atraídos y convertidos por los milagros de Jesús; de modo que su calidad de cristianos aumenta, en vez de disminuir, el peso de su testimonio. ¡Qué injusticia no es pues exigir otros más! Sin embargo la Providencia ha permitido que la declaración de nuestros escritores sagrados se encontrase confirmada por las obras mismas de sus más violentos enemigos. Sabidas son las disputas que desde el principio se suscitaron entre los judíos y los paganos por una parte, y los cristianos por otra: los primeros nada olvidaron de cuanto pudiera hacer ridículos y odiosos á los segundos, y desacreditar su doctrina y sus libros; pero es inaudito que entre los enemigos y los defensores del cristianismo recayese nunca la disputa sobre la realidad de los milagros evangélicos (1). Durante la vida de Jesucristo nadie los contradecía; y solo los judíos tenían la malignidad de atribuirlos al demonio. Es indudable también que Celso, Por-

(1) Duvoisin. *Démonstrat. evangél.* art. V, Miracles, n.º 2.

firio y Juliano, léjos de negar los milagros de Jesus, se contentaban con mirarlos como operaciones mágicas. Yo no examinaré si la confesion de estos forma por sí sola una prueba completa y decisiva; pero siempre es muy notable que convengan en la realidad de nuestros milagros hasta aquellos mismos que hablaban con tanto odio y menosprecio de Jesucristo y de sus discípulos. Sin necesitar el cristiano en esta parte de apoyos ajenos, se complace en ver la verdad vengada de los ataques de los incrédulos modernos por la confesion de los incrédulos antiguos. ¿Qué prueba puede tampoco deducirse del silencio de algunos autores judíos ó paganos? Es contra todas las reglas de la sana razon y buena crítica oponer á los testimonios mas positivos é irrefragables que puede ofrecer la historia un silencio que tan fácilmente se explica ya por la indiferencia, el odio, la preocupacion ó la política, y ya por otras pasiones y consideraciones semejantes que se apoderan demasiado del corazon del hombre. El cristianismo se presentaba, particularmente á los gentiles, con apariencias extravagantes, capaces de hacerle despreciable y odioso; habia nacido entre los judíos, nacion oscura y tenida en poco en aquella época, y so-

lian muchos confundirle con la religion judaica. Asi se ve que autores graves y habilísimos como Suetonio y Tácito, conocian muy superficialmente la doctrina del cristianismo, y hablaban de ella como hombres apasionados y muy mal instruidos. Plutarco, cuyo saber era tan vasto, no habló una sola palabra de la religion cristiana, aunque consta que en su tiempo se hallaba ya extendida por todas las partes del imperio.

No hay pues fundamento para rebatir la autoridad irrecusable de nuestros escritores sagrados por el silencio de algunos autores de la antigüedad. Es tal la fuerza del testimonio evangélico acerca de los milagros, que para eludirlo un ateo moderno ha tomado el desesperado partido de negar hasta la existencia misma de Jesucristo. Estas son sus palabras: „Adoptar el testimonio de estos libros (los Evangelios) como prueba de la existencia de Cristo, es comprometerse á creerlo todo; pues si „son verídicos sus autores diciendo que Cristo „vivió entre ellos, ¿qué razon tendríamos para no „creer que vivió del modo que ellos refieren, y „que su vida se señaló por los sucesos maravillosos que nos cuentan? Si es una imbecilidad de los buenos cristianos el creerlo así, en

„esto son á lo menos consecuentes.” No me empeñaré yo ahora en rechazar la expresion grosera é indecorosa de un escritor que no repara en tachar de imbecilidad á tantos ingenios sobresalientes que han creído muy sinceramente los milagros de Jesucristo referidos por los evangelistas. Si en esta controversia fuera indispensable saber si habia imbéciles, no me parece que merecerian tal concepto Bacon, Pascal, Descartes, Neuton, Locke, Fenelon, Bossuet, Leibnitz ni otros muchísimos talentos de primer orden que estan todavía reputados por príncipes de los ciencias humanas, y han tenido el cristianismo por obra del mismo Dios. Así dejemos á un lado ese indecente epiteto, que solo envilece al que le aplica, y prueba la deplorable extremidad á que se ve reducido; pues por no admitir los milagros de Jesucristo niega hasta su existencia, é incurre en un desvarío insignie entre los desvaríos del entendimiento humano. A la verdad si necesitásemos alguna otra prueba mas de la religion, la hallariamos en las opiniones monstruosas de sus enemigos. Nada pues hay mas cierto que los milagros evangélicos, como acabamos de probar; ahora añadiremos que nada hay tampoco mas decisivo á favor de la mision y de la doctrina de Jesucris-

to. Convencidos ya de la realidad de sus milagros, ¿cómo podriamos no estarlo tambien de la verdad de su mision y de su doctrina? ¿Podia dar una señal mas brillante, mas atractiva, mas divina que la potestad de mandar á toda la naturaleza, y de hacerse obedecer por ella? ¿Y qué se ha discurrido para disminuir la impresion de estas maravillas? Se ha dicho que no se sabe de cierto si podrian explicarse por causas puramente naturales; si no han sido ejecutadas por un agente superior al hombre, pero enemigo de la verdad; si las hizo Jesus en señal de su divina mision, ó solamente por un sentimiento de compasion hácia los desdichados. ¡Vanos y despreciables subterfugios!

Primeramente, leed la historia evangélica, y nada hallareis en las circunstancias de los hechos milagrosos, ni en la relacion del modo con que pasaron, que descubra ni aun permita presumir la accion de las causas físicas ó de los medios sutiles de la industria humana. Jesus ejecuta estos prodigios sin preparativos, sin agente natural, sin aparato de máquinas, en cualquier lugar, á cada instante, de repente, en medio del día, en virtud de una sola palabra, y segun que los objetos se le presentan. *Quiero que quedes sano:* he aquí todo su arte y to-